

Sade, Diderot y Casanova

63

Traducción y montaje de Margo Glantz

I Las cien jornadas del Marqués Divino

Pocos personajes han sido tan atacados o alabados como el viejo libertino Aldonso Donaciano Francisco, Marqués de Sade. Sus biógrafos, fascinados por su vida —no sólo por su obra—, lo defienden o lo acusan a ultranza. Cada una de sus frases es analizada a diversas luces, como el propio marqués analizaba sus escritos a la luz de las pequeñas o grandes bujías que su mujer le enviaba a prisión, junto con ciertas viandas y ropa interior de lino o seda. Los furros cotidianos del marqués, sus insultos violentos a los centinelas, sus cartas furiosas a las autoridades, sus blasfemias y hasta sus actos de contrición dulzones y sentimentales se aprueban o se rechazan con la misma delectación con que el propio marqués se libraba a sus orgías compuestas:

— ¡Pobre marqués de Sade, ha sido encerrado por haber propinado unos cuantos azotes a Rose Keller!

— ¡Pobre marqués de Sade, se le ha privado de ejercicio y de pañuelos bordados!

— ¡Pobre marqués de Sade, se le ha condenado a la obesidad de la abstinencia!

— ¡Malvado Marqués de Sade, ha seducido a su cuñada y ha viajado con ella por Italia!

— ¡Infame libertino que se entrega en orgías perpetuas y confusas “a jóvenes de todos los sexos”!

— ¡Romántico Marqués de Sade, que ha soñado como Petrarca con Laura de Noves!

— ¡Maravilloso Marqués de Sade, surrealista *avant la lettre*!



Grabados de Picasso

49

— ¡Genial Marqués que descubrió el sadismo!
Sodomita, perverso, flagelante, Sade suele ser rechazado en los burdeles donde sus habitantes “saben más o menos de lo que es capaz”. El inspector de policía Marais, su enemigo proverbial, anuncia: “No tardaremos en escuchar los horrores del Señor Marqués de Sade”. Antoine Adam, estudioso apasionado de los libertinos del siglo XVIII. aprueba la conducta discreta del Marqués cuando, ya en libertad y en plena Revolución Francesa, se une a Marie-Constance Quesnet y “comparte con ella su difícil existencia y nunca cesa de darle las pruebas del más delicado afecto.” La misma opinión guardan Maurice Heine y Gilbert Lély que dedicaron su vida entera a estudiar la del Marqués y a ordenar sus obras, exaltándolo (las). Esta misión de apostolado que hace que Heine y Lély disminuyan ciertas conductas de Sade para engrandecer su vida —insisto: aún más que su obra— suele recibir golpes bajos que agujerean sus teorías. El diario que Sade llevó durante sus últimos años, los pasados en el hospicio de Charenton de Saint-Maurice, inmortalizado por Sade y por Peter Weiss, va de 1807 a 1814 y fue publicado en 1970 con un prólogo de George Daumas; en él se demuestra que el viejo Marqués era afortunadamente incorregible y que en sus inclinaciones fue perpetuo: su última aventura con la joven de 16 años, Madeleine Leclerc, favorecida gracias al celestinaje de su madre, obrera del hospicio, permitió que Sade acabara su vida con Madame Quesnet en clásico *ménage-a-trois*, a los 74 años. Daumas concluye: “La figura del Divino Marqués se encuentra, para nuestros contemporáneos y a pesar de los rigurosos trabajos de Gilbert Lély, envuelta en un vapor ficticio y sospechoso que confunde sus rasgos y los deforma. El hombre sale de él engrandecido, detrás de una leyenda que enmascara la dura, triste y cotidiana realidad”. La intimidad de su espíritu libertino aparece, contradictoria y definida, en sus numerosas cartas. Insertémos algunas en este espacio:

Sade fue arrestado el 13 de febrero, gracias a los buenos oficios de su suegra Madame de Montreuil, quien lo detestaba, no tanto por librarse al libertinaje, que su propio marido practicaba con instrumentos especiales, sino por haber seducido a su hija preferida, Mademoiselle Anne Prospère de Launay, en 1772.

Carta a Madame de Montreuil
(fines de febrero de 1777)

De todos los medios posibles que podía escoger la venganza y la crueldad, habéis escogido, Señora, el más horrible. Venido a París para recoger los últimos suspiros de mi madre, y sin tener ningún otro objeto que verla y abrazarla por última vez si todavía vivía, o llorarla, si ya no estaba en este mundo, habéis escogido ese momento para volverme a hacer vuestra víctima... Os preguntaba en mi primera carta si encontraría en vos una segunda

Margo Glantz (México, 1930). Ensayista, cuentista, traductora, editora. Actualmente trabaja en un extenso tratado: *El cuerpo en la literatura mexicana*.

madre o una tirana, pero no me habéis dejado largo tiempo en la incertidumbre. ¿No es cierto que sequé vuestras lágrimas cuando perdisteis un padre que idolatrabais? ¿y no encontrasteis entonces mi corazón tan sensible a vuestros dolores, como a los míos propios? ¡Si al menos hubiese yo venido a París con el ánimo de desafiaros o con algunos de esos proyectos que os hubiesen decidido a desear mi alejamiento! ... Mi segunda intención, después de los cuidados que exigía mi madre no era otra que... calmaros y entenderme con vos, para tomar respecto a mi asunto todos los partidos que nos hubiesen convenido según vuestros consejos...

Quisiera creer un solo instante con vos que una *lettre de cachet* (carta con el sello real que exigía la encarcelación o el destierro) fuera indispensable... pero ¿era necesario que fuéese tan dura, tan cruel? ¿Una carta que me exilara del reino no hubiese cumplido el mismo objeto? ... Cuando os escribí de Burdeos para que me enviaseis dinero para pasar a España, cosa que rehusasteis, me disteis una prueba de que no era mi alejamiento lo que queríais sino mi detención...

Ya en 1772, Sade había sido arrestado en la Fortaleza de Miolans por órdenes del Rey de Cerdeña que actuaba a petición de la marquesa de Montreuil. Sade se escapa en 1773.

Mi situación es horrible. Jamás —vos lo sabéis— ni mi sangre ni mi cabeza han podido soportar un encierro definitivo. Mantenido menos severamente —lo sabéis también— he arriesgado mi vida por liberarme...

En 1772, además del *affaire* de Sade con su cuñada, ha sucedido el escándalo de Marsella, el de los bombones de cantárida, y se ha producido el proceso que ha condenado a Sade a la decapitación. Condena que, como se sabe obviamente, no tuvo efecto. Es sádico imaginarla como una premonición de la guillotina, que tampoco se ejerció contra Sade, quien murió de vejez no muy tranquilamente en su cama. De 1773 a 1777 Sade sigue violentando el discurso amoroso en su castillo de La Coste. Hacia 1774 su cuñada va a casarse con el señor de Beaumont, cuya familia no ha accedido al matrimonio "a menos que el marqués de Sade fuese encarcelado de por vida". El cargo de sodomía es pronunciado ya desde Marsella y la pena para los plebeyos hombres o mujeres que la aceptasen era ser quemados vivos.

Carta a Madame de Sade (su esposa)
6 de marzo de 1777.

¡Oh! mi querida amiga, ¿cuándo se me sacará de esta horrible situación? ¿Cuando se me sacará ¡gran Dios! de la tumba donde se me ha encerrado vivo? ... No hay nada aquí para mí aparte de mis lágrimas y mis suspiros; pero nadie los oye... ¿Dónde ha quedado el tiempo en que mi querida amiga los compartía? No tengo a nadie; parecería

que la naturaleza entera hubiera muerto para mí. ¿Quién sabe si tú recibes mis cartas? / no he recibido respuesta a la última que te he enviado, lo cual me prueba que no te entregan mis cartas y que sólo para distraerme de mi pena me permiten escribirte. Nuevo refinamiento inventado sin duda por la rabia de aquella que me persigue... Te suplico, mientras llega el día feliz en que me libere de estos tormentos horribles en los que vivo, que logres licencia para visitarme, que me escribas más seguido y que obtengas permiso para que pueda hacer un poco de ejercicio después de la comida, cosa que como tú misma sabes bien me es más necesaria que la vida; también envíame enseguida otro par de sábanas..."

En su carta del 18 de abril del mismo año y también dirigida a su esposa, Sade se queja de la manera como se le trata, utilizando a Swift, como metáfora.

Me pides que te diga cómo estoy, pero ¿de qué me serviría? Si lo hago, no llegaría mi carta. No obstante voy a satisfacerte. Por lo que se refiere a la manera como se me trata, seguramente se demuestra su honestidad... pero también estas mezquinas miserias, estas chiquilladas, me han hecho creer al llegar aquí que he sido transportado a la isla de los liliputienses donde los hombres no tenían más de 8 pulgadas de alto, con lo que actuaban de acuerdo a su estatura... Esto me hizo reír mucho al principio, pues no podía concebir que gentes, que de otra forma parecen sensatas, pudiesen adoptar conductas tan banales. Luego, me impacienté. Por fin, acabé por figurarme que tenía sólo doce años— es más honesto que pretender que son los otros los que tienen esa edad y esta idea de haber regresado a la infancia dulcifica un poco la pena que sentiría sin eso un hombre razonable... Respecto a los paseos y al ejercicio que me aconsejas que tome, hablas en verdad como si estuviese en una casa de campo donde pudiera hacer lo que me viniera en gana. Cuando sacan al perro pasa *una hora* en una especie de cementerio de cerca de cuarenta pies cuadrados, rodeado de muros de más de cincuenta pies de alto. Te das cuenta, o por lo menos los debes sentir ahora— ¿cuántos inconvenientes traería darle a un hombre la misma libertad de las bestias? de inmediato mejoraría su salud: ¿dónde diablos quedarían los proyectos de quienes desean verlo reventar? Hace sesenta y cinco días que estoy aquí y he respirado por tanto cinco horas cinco veces espaciadas. ¡Compara eso con el ejercicio que sabes estoy acostumbrado a hacer, y que me es absolutamente necesario, y juzga entonces cuál es mi estado! Tengo dolores de cabeza espantosos que no me dejan vivir, dolores insoportables en los nervios, vapores y un insomnio total que no pueden más que conducirme tarde o temprano a una enfermedad muy seria... Adios, de nuevo, mi querida amiga.



Esta carta no te llegará probablemente, porque no está escrita a la liliputiense...

Habiéndose evadido cuando se le trasladaba a Aix, después de haber pasado 16 meses en Vincennes, es reaprehendido 39 días después, el 26 de agosto de 1778 en su propio castillo de La Coste. En Vincennes de nuevo, permanece de 1778 a 1784. Sin saber nunca si será liberado o cuánto tiempo deberá permanecer en prisión, las cartas de Sade manifiestan los estados de ánimo más contradictorios. Primero suplica, es fino, cortés, cariñoso y hasta cursi. Luego, se deja llevar por la "sangre" y escribe cartas como ésta, también dirigida a su esposa el 8 de febrero de 1779:

Bueno, ahora pasáis por la encantadora crisis de hacer oídos sordos a mis peticiones. Es gentil, espiritual y muy galante. Sólo veo un defecto, su excesiva monotonía. Esta encantadora señal vuelve demasiadas veces. Lo que permite que deje de ser *natural*, como vos pretendéis que sea... Si desgraciadamente la señal se hiciera al revés, y no tuviera ese gran aire de simpleza tan esencial a todo aquello que recibe el nombre de señal ¿qué pasaría? Todo estaría perdido; los elementos se confundirían, el rayo caería, la presidenta no cagaría. Es quizás, lo confieso, la cosa que más me divertiría en el mundo...

De Sade se refiere a un personaje que hace señales y que garrapatea las cartas que le manda su esposa:

Un señalador debe ser por naturaleza un personaje muy iletrado, muy ignorante, muy turbio, muy pesado, muy pedante, muy imbécil y muy plano... Decidle entonces a ese pillo que garrapatea... que recuerde cuando desenlodaba los zapatos junto a la puerta del hotel de la Policía...; no digo que Rougemont es un cab... , la presidenta una madr... no, no digo nada de eso en mis demandas de objetos, sólo en las cartas lo digo. No queda entonces más que garrapatear las cartas y dejar subsistir los envíos... Os ruego que me mandéis las comedias que no me han llegado; sobre todo *L'inconsequant* y la *Opera* de Petrarca. Tengo el honor de daros mi palabra más auténtica de que todas las piezas que os he pedido están impresas. No querría yo que tuvierais ese tipo de caracteres tan profundamente troquelados sobre vuestras nalgas...

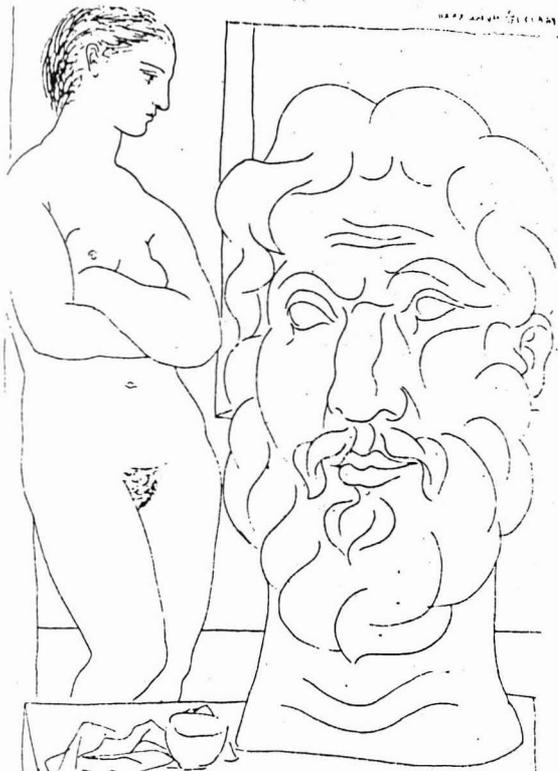
En medio de sus cóleras el divino Marqués se consuela con el Petrarca y como él piensa platónicamente en Laura de Noves, sobre todo cuando recuerda a su querida cuñada, Milly de Launay, como él la llama familiarmente. Sade también escribe cartas galantes, especialmente a la Señorita de Rousset que durante mucho tiempo fue dama de compañía en el Castillo de La Coste y quizá algo más para Sade: Veamos ésta del 21 de marzo de 1779:

A la señorita de Rousset

¡Y bien! mi querida santa, ya se pasó el año nuevo, y no habéis venido a verme. Os esperé



inútilmente todo el día; me compuse mucho, me puse polvos, pomadas, me afeité cuidadosamente; y aunque no llevaba mis botas forradas de piel, tenía un hermoso par de medias de seda verde, un pantalón rojo y un saco negro y un bello sombrero bordado con plata. En fin, parecía yo un señor muy elegante... Había preparado un hermoso concierto: tres tambores, cuatro timbales, dieciocho trompetas y cuarenta y dos cuernos de caza. Y todo eso debía haber ejecutado una pequeña romanza que había escrito para vos. Vuestras orejas, vuestros ojos y vuestro corazón se hubiesen deleitado con la pequeña fiesta que os había preparado... Muy querida y muy amable santa... sós como aquel que quería que toda la Francia estuviese en puertos marítimos, porque son ventajosos. Puesto que yo amo las columnas, queréis ponerlo todo en ellas... Una hoja separada en columnas dentro de vuestras cartas, sea, sobre la que pondréis o las bufonerías o los negocios: lo que ahora es sinónimo para mí... es Sancho Panza en su isla, al que se le hace creer que todo el mundo espera sus órdenes... Y no, ¡santa y resanta Rousset, ni una sola palabra más! Cantad sobre otro aire, os ruego, si deseáis que os escuche. Todo esto es bueno para los prisioneros ordinarios; es lo que se llama *divertirlos*, pero a mí no se me divierte... Santa Rousset, si dentro de las razas de animales que existen hubiese una que construyese prisiones, para que se condenase después a las demás a este pequeño y hermoso suplicio, ¿no la destrui-



ríamos como una especie demasiado cruel para permitirle aquí abajo?... No creo que haya existido jamás un vértigo semejante al de las prisiones... La prisión era originariamente un lugar seguro donde se podía retener al criminal antes de ejecutarlo. Luego, por un principio de tiranía horrible, se imaginó, para hacer sufrir más al desgraciado, de hacerlo pudrir en prisión en lugar de mandarlo a la muerte... ¡La prisión... la prisión, siempre la prisión! Sólo se conoce eso en Francia. Un hombre es dulce, honesto; ha cometido una falta desgraciada que sus enemigos han agrabado para perderlo: *la prisión*.

Pero ¡imbéciles que sois! ¿cuándo sabréis que hay tantas diferencias entre los caracteres de los hombres como hay en sus rostros? ¿Tantas entre su moral como entre su físico? ¿qué, lo que conviene a uno no conviene a otro? más aún, ¿que, lo que puede curar a uno puede perder a otro...?

Y con esta explosión que dejo sin comentarios por que actualmente seguimos en las mismas, paso a otra carta donde se demuestra que aunque tenía aprisionado el cuerpo, Sade daba rienda suelta a su imaginación y a su temperamento, aunque fuese sólo en el discurso también a la señorita de Rousset un mayo de 1775:

...No es una fantasía, un puro capricho, una curiosidad desplazada, la que me hace desear saber el término de mi prisión, es la vida, la vida, lo único que pido. Pero, me responderéis, venticuatro horas bastan. Lo acepto; en realidad sólo pido eso. Y si ha parecido que deseo saberlo antes, ya lo he dicho mil veces, es para gozar de este tiempo de descanso y emplearlo en buenas reflexiones, cosa que me es absolutamente imposible en el tormento y en la agitación perpetuos en que me pone esa incertidumbre... Lo que no me gusta es la manera ridícula—perdonadme el término— con que la destruí: “*Si hubiéseis sido más prudente, si no hubiéseis escrito, etc.*” Entonces ¿se me corrige como a un niño a quien le dan de golpes cuando no dice bien su lección? Me parece bastante idiota; os lo he dicho varias veces, no es con esos procedimientos que se ganará algo contra mí. El rigor me agría y eso es todo. ¿Imaginan que acabaré amando a un gobierno injusto conmigo que me retiene sin razón en el cautiverio y respetar un tribunal del que no dependo? ¿Se imaginan, digo, que lo lograrán prologando mi detención? Se equivocan. Aunque pase aquí la vida, diré y gritaré lo mismo. Soy tan firme como valiente. Hasiado de la infelicidad, temo poco los nuevos golpes de la fortuna y ni el patíbulo me haría traidor, ni falso, ni humilde... Esa es mi personalidad que no ha cambiado desde la infancia y seguramente no cambiara. Soy demasiado viejo para rehacerme. Que renuncien al proyecto de *Hacerme madurar la cabeza*; en veinte años no estaría más madura... os doy mi palabra, quizá más mala, pero no más prudente”.



Sade permanece en prisión hasta 1789, pero desde 1784 es trasladado a la torre de la Libertad de la Bastilla. Recibe ese pomposo nombre porque los prisioneros vivían mejor alojados y podían hacer más ejercicio. Sade se dedicó a leer y a escribir. Poco antes del 4 de julio de 1789, fue trasladado por primera vez a Charenton, por haber utilizado un tubo de desagüe como megáfono para quejarse de sus carceleros y congregar, gracias a eso, a una gran multitud, debajo de la torre de la Libertad. De 1792 a 1801 Sade vive libre(?). Se le vuelve a encarcelar por culpa de las obras que publica y desde 1801 transita por Sante Pelagie, la prisión de Bicêtre y Charenton, donde muere.

Uno de sus últimos textos es su diario íntimo donde puede registrarse su vitalidad. En efecto, el 20 de octubre de 1814 (Sade muere en noviembre) el ciudadano escribe sobre Magdaleine Leclerc:

“En lugar de venir a las nueve como había prometido, Mg. no llegó sino hasta las 10 y cuarto; tenía la menstruación, fue excelente en la conversación pero descuidada en el placer. . .; no cultivaba su escritura, lo que me enojó, pero no leía mal”.

Al morir Sade deja un testamento que transcribo en parte aunque es muy conocido y se adelanta a Poe:

“Prohíbo terminantemente disecar mi cuerpo, cualquiera que sea el propósito; pido con encarecimiento que mi cadáver sea guardado durante 48 horas en el cuarto en el que muera, en un ataúd de madera sin clavar, hasta que transcurran las 48 horas prescritas, después de las cuáles deberán clavarlo. . . Deseo



que se me coloque en los bosques de mi propiedad de la Malmaison en la comuna de Emancé, cerca de Epéron. . . . Cuando la tumba esté llena, se dispersarán semillas sobre ella, . . . para que las huellas de mi tumba desaparezcan de la faz de la tierra como pienso que mi memoria se borrará de la de los hombres, excepto para el muy pequeño grupo de aquellos que manifestaron la gentileza de tenerme ternura hasta el final. . .”

II. EL CASANOVA DE CASANOVA

Ahora que el pobre de Giacomo Casanova ha sido vapuleado por Fellini en su intento por desmitificarlo, sería interesante echar un vistazo a sus memorias. Como Sade, Casanova estuvo en prisión mucho menos tiempo pero también como Sade sólo escribió para redimirse en la imaginación. Ya viejo, enfermo y solitario en un helado condado alemán, Casanova empieza a escribir sus memorias y en ellas se solaza sin tomar en cuenta el tiempo cronológico inmediato que se tarda en escribirlas para recrear el tiempo imaginario que las sustentan. Los últimos catorce años de su vida los dedica al discurso de sus aventuras deteniéndolas cuando, después de deambular veinte años, regresa a Venecia y se convierte en agente secreto de esos mismos inquisidores que lo habían puesto en prisión: “Escribo trece horas por día y estas trece horas me parecen apenas trece minutos. . . Me divierto porque no invento. Lo que más me apena es que el deber me obliga a disfrazar ciertos nombres, porque no tengo autoridad para publicar los asuntos de los demás. He escrito dos tercios de mi Vida. . . Lo digo todo, nunca me protejo y sin embargo en nombre del honor no puedo darle el nombre de Confesiones a mis Memorias, porque no me arrepiento de nada, y sin arrepentimiento uno no puede ser absuelto. ¿Suponéis que me elogio? De ninguna manera. El 20 de julio de 1976 escribe: Por lo que se refiere a mis Memorias, creo que me detendré aquí, pues desde la edad de cincuenta años no puedo relatar más que cosas tristes y eso me pone triste. No las he escrito más que para alegrar a mis lectores; ahora los afligiría, y no vale la pena”.

El texto de Casanova no fue encontrado después de su muerte, acaecida en 1798, sino hacia 1820 cuando fue descubierto en Leipzig y traducido al alemán por un tal Wilhelm Schutz y más tarde corregido y alterado por un profesor Jean Laforgue que se sintió en el deber de no ofender los castos oídos de su tiempo.

Su necesidad de reproducir lo vivido y su angustia ante su envejecimiento le hacen decir: “Si estas Memorias, escritas sólo para consolarme del terrible aburrimiento que me mata lentamente en Bohemia —y que quizá me mataría en cualquier parte, puesto, que aunque mi cuerpo es viejo, mi espíritu y mis deseos son tan jóvenes como siempre—. Si estas

Memorias, se leen alguna vez, se leerán sólo cuando ya me haya ido y ninguna censura pesará sobre mí. ¿qué objeto tendría mentir? Un hombre no gana nada engañándose a sí mismo, y es principalmente para mí que escribo”.

Quizá fuese bueno iniciar la inserción de algunos de sus textos, con una historia que parecería *—toute proportion gardée—* los últimos años de Sade:

“El senador que había renunciado a todo, excepto a sí mismo, nutría, a pesar de la edad y de la gota una inclinación amorosa. Amaba a Teresa, hija del comediante Imar y vivía en una casa cercana a su palacio cuyas ventanas quedaban enfrente del departamento donde se acostaba. Esta muchacha tenía entonces cerca de 17 años, era bonita, bizarra, coqueta y aprendía música para tocar en los Teatros; se dejaba ver continuamente a la ventana y era cruel con el viejo que estaba enamorado de ella. Iba casi todos los días a hacerle una bella visita, pero siempre acompañada de su madre, vieja actriz que se había retirado del teatro para construir la salud de su alma aunque paradójicamente se hubiese formado el proyecto de aliar a Dios con el Diablo. Llevaba a su hija todos los días a misa y pretendía que se confesase todos los domingos; pero en las tardes la llevaba a casa del vejete enamorado, cuyo furor se espantaba cuando ella rehusaba darle un beso alegando la razón de que habiendo hecho sus devociones por la mañana no podría aceptar ofender a ese mismo Dios que había comido y que quizá seguía todavía en su estómago. ¡Qué cuadro para mí, entonces apenas de quince años, y que el viejo admitía como testigo silencioso de estas escenas! La licenciosa madre aplaudía la resistencia de su hija y osaba sermonear al voluptuoso, que a su vez no se atrevía a refutar sus máximas demasiado poco o nada cristianas, y tenía que retenerse para resistir a la tentación de echarle a la cara lo que le cayese entre las manos (o tirarla por la ventana). No sabía qué decirle. La cólera ocupaba el lugar de la concupiscencia; y cuando se iban se entretenía conmigo haciendo reflexiones filosóficas. Obligado a responderle y no sabiendo que decirle, un día le sugerí el matrimonio. Me sorprendió respondiendo que ella no quería convertirse en su mujer. —¿Por qué? — Porque no quiere sufrir el odio de (la) mi familia— Ofrecedle una gruesa suma, un estado—. Según dice, no aceptaría cometer un pecado mortal para volverse reina del mundo—. Hay que violarla o correrla o prohibirle que venga a veros—. No puedo hacer lo primero y no me determino a hacer lo otro—. Matadla—. Eso sucederá si no muero antes—. Compadezco a Vuestra Excelencia. —¿Alguna vez vais a su casa? —No, porque podría enamorarme de ella y si ella estuviere frente a mí como... la veo aquí, me haría desgraciado.— Tienes razón”.

El marqués de Sade vivió un destino de encierro, pero ni la prisión pudo “podrirlo”. Sus escritos se

salvaron y han sido publicados a pesar de los numerosos procesos que hasta hace poco tiempo se instalaron contra él. Casanova escribió un libro que él mismo juzgaba que había sido escrito “para ser quemado”. El manuscrito sigue encerrado en los tesoros de las ediciones Brokhaus de Leipzig y ha sufrido la muerte que su autor temía: “algunos puristas estreñidos” han limpiado no sólo su estilo italianizante sino su estilo escandaloso, y han mutilado el manuscrito que conocemos quitándole sus partes más escabrosas. Casanova es libre y viaja de corte en corte utilizando su físico que se eleva a la altura de 1 metro 96, come con desenfreno y peca con igual desmesura: “A pesar de un fondo de excelente moral, fruto necesario de los principios divinos enraizados en mi corazón, toda mi vida he sido víctima de mis sentidos”. Y esos sentidos le exigen una gran avidez que le ofrece a Dios, un dios inmaterial, autor y amo de todas las cosas: “Dios no podría más que perdonar a aquellos que aman el humo de la caza y el olor de las mujeres. ¡Qué gustos tan depravados, dirán algunos: que vergüenza de reconocerlos en uno mismo y no ruborizarse! Esta crítica me hace reír; pues gracias a sus gustos, me siento más feliz que ningún otro, porque estoy convencido que derivo de ellos mayor placer...”

Estos colosos del placer que se deben a su “temperamento” (a su “sangre”) y no a su “carácter” son inclinados también a las veleidades de la virtud y en ocasiones encontramos en Casanova, como en Sade, confesiones puritanas y contritas: “Veo ahora que para ser un verdadero sabio, en lugar de un verdadero loco, no hubiese necesitado más que el concurso de muy pequeñas circunstancias; pues con vergüenza de casi toda mi vida, tengo el deber de publicar aquí una verdad que mis lectores tendrán trabajo en creer, que la virtud ha tenido para mí más encantos que el vicio. Pero no hay que tener demasiada vergüenza, porque como en Sade la “sangre” vence siempre a la virtud y Casanova lo reconoce ampliamente en el prólogo de sus Memorias que no confesiones:

“El lector de estas Memorias descubrirá que nunca he tenido un objetivo frente a mis ojos y que mi sistema, si puede llamarse así, fue girar inconcientemente en la corriente de la vida, confiándome al viento y su dirección. ¡Cuántos cambios surgen de esta independiente manera de vivir! Mi éxito y mis desgracias, los días brillantes o los desgraciados que he pasado, todo me ha probado que en este mundo, tanto lo físico como lo moral, el bien surge del mal como el mal surge del bien. Mis errores señalarán a los hombres reflexivos los distintos caminos y les enseñarán el gran arte de transitar por la orilla de los precipicios sin caer en ellos”. Y más tarde completa estas ideas con nueva sustancia que confirma todo lo dicho más arriba: “El temperamento sanguíneo me hacía muy sensible a los atractivos de la voluptuosidad; siempre estaba alegre



y dispuesto a pasar de un gozo a otro... Los errores causados por el temperamento no deben corregirse, porque nuestro temperamento es perfectamente independiente de nuestra fuerza; no sucede lo mismo con el carácter..."

Las *Memorias* de Casanova se organizan dentro de una estructura narrativa sensacional y se colocan dentro de las grandes corrientes tradicionales de su tiempo. Casanova relata sus historias tomando en cuenta a su lector y constantemente alude directamente a él; esta modalidad determina el diálogo que se sustenta como en las *Mil y una Noches*, en forma de espiral donde un cuento sigue a otro cuento. Casanova narra su propia vida y ocupa el lugar que ocupa Sherazada contando la vida de otros para salvar la propia. Casanova escribe sus memorias en un intento por regresar a la vida y coloca al lector como el único capacitado para devolvérsela cuando relea lo que Casanova escribe y relea constantemente. De esta manera un libro de *Memorias* que por otra parte es un género muy cultivado en el XVIII y sobre todo en Francia, se convierte en una obra narrativa, cercana a la pasión. Es posible asociarlo con otro gran maestro del siglo, también extranjero y que también escribió en francés, el conde polaco Jan Potocki, erudito científico, político, cartógrafo, viajero, enamorado. Su novela, el *Manuscrito encontrado en Zaragoza* que se completa con el *Nuevo Decamerón* o *Avadoro* se desarrolla siguiendo los intrincados caminos de la espiral y la duplicación. El

libre curso que los caminos brindan a los protagonistas es semejante al "sistema" que Casanova hace suyo. El protagonista de estas memorias, el tierno y petulante narigudo Jacques caballero de Zeingalt, quebrantado en su imagen por la violencia de Fellini, sabe narrar su propia vida como si fuera un cuento de cuentos. Entrelacemos sin sistema algunos de sus relatos como un ejemplo también mutilado, de esta estructura novelesca:

Una noche desgraciada: Me enamoro de dos hermanas y olvido a Angela: ... "Mi respuesta lo enfureció tanto que tres o cuatro días después logró obtener de mi abuela permiso para entrar a mi recámara muy temprano por la mañana, antes de que me despertara, y acercándose a mi cama sobre la punta de los pies con un afilado par de tijeras, cortó despiadadamente todo el pelo que estaba sobre mi frente, de oreja a oreja. Mi hermano Francisco estaba en el cuarto vecino y lo vio, pero no se interpuso y se sintió feliz de mi desgracia. Usaba una peluca y estaba celoso de mi hermosa cabeza y de mi pelo. Francisco fue un envidioso toda su vida; y sin embargo combinaba este sentimiento de envidia con la amistad, nunca pude comprenderlo; pero su vicio, como los míos, debe haber muerto ahora con la vejez...

Me fui a la cama temprano y descansado por diez horas de sueño profundo, me sentí menos furioso en la mañana, pero muy determinado a llevar al sacerdote ante un tribunal. Cuando me estaba vis-



tiendo con la intención de llamar a mi abogado, recibí la visita de un experto peluquero que había yo conocido en la casa de la señora Cantarini. Me dijo que había sido enviado por el Sr. Malipiero para arreglar mi pelo y poder salir pues el Senador (el mismo Senador con que empieza el relato que transcribo más arriba) deseaba cenar conmigo esa noche. . . Examinó el daño hecho a mi cabeza y dijo con un sonrisa que si confiaba en su arte, emprendería la tarea de mandarme a la cena con una apariencia aún más elegante de la que me vanagloriaba con anterioridad; y verdaderamente cuando lo hizo, me encontré tan guapo que consideré mi sed de venganza perfectamente saciada. . .

Visité al sacerdote para leerle mi trabajo, pero como no estaba tuve que esperararlo y durante ese tiempo me enamoré de su sobrina, Angela. . . Mi amor por Angela fue fatal porque de él surgieron otros dos amores que, a su vez, causaron muchos más y que, finalmente, me hicieron renunciar a la Iglesia como profesión. . .

La parte final que he transcrito define literalmente la condición del relato que engendra siempre otros relatos, organizados en la mayor parte en tomo de un esquema amoroso. El esquema suele ser un pretexto para definir una sociedad y exponerla a la mirada corrosiva de los lectores que se complacen en escuchar la vida del Don Juan veneciano. Sigamos con otro relato donde se aprecia bien el narcisismo desafortunado de nuestro protagonista:



Mi corta, pero muy alegre visita en Ancona: Cecilia, Marina, Bellino.

"Llegué a Ancona el 25 de febrero de 1744 y me hospedé en la mejor posada. Me gustó mi cuarto. Le dije a mi anfitrión que me preparara una buena cena con carne; me contestó que era cuaresma y que todos los buenos cristianos no comen más que pescado.

—El Santo Padre me ha concedido permiso de comer carne.

—Dejadme ver vuestro permiso.

—Me lo dijo personalmente,

—Muy Reverendo Señor, no me siento obligado a creerlos.

—Sois un imbécil.

—Soy amo en mi casa y os ruego que vayáis a otra posada.

Tal respuesta, aunada a la invitación a irme, me produjo una violenta cólera. Juraba, gritaba, despotricaba, cuando apareció de repente en mi cuarto un individuo de grave apariencia que me dijo:

—Señor, hacéis mal en pedir carne en Ancona pues aquí el pescado es mucho mejor; estáis equivocado si creéis que el posadero debe fiarse sólo de vuestra palabra; y si habéis obtenido permiso del Papa para no ayunar habéis hecho mal en pedirlo a vuestra edad (Casanova había nacido en 1725 en una familia de actores); habéis obrado mal en no haber pedido un permiso escrito y hacéis mal en llamar imbécil a vuestro anfitrión porque es un cumplido que ningún hombre gusta de aceptar en su propia casa; y finalmente, hacéis mal en armar tanto escándalo.

En lugar de aumentar mi rabia, este individuo que había entrado en mi cuarto sólo para echarme un sermón, me hizo reír.

Con placer pediré disculpas, contesté. . .

Bajó las escaleras y comparando su calma con mi irritabilidad, acepté que el hombre era capaz de darme lecciones. Regresó pronto y me informó que se había firmado la paz y que me podían servir de inmediato.

—¿Tomaréis la cena conmigo?

—No, pero os acompañaré.

Acepté su oferta y para saber quién era le dije mi nombre y me otorgué el cargo de secretario del Cardenal Acquaviva.

—Mi nombre es Sancho Pico, soy castellano. . .

—Si os sentís dispuesto a escuchar algo de buena música, me dijo algún tiempo después, seguidme al otro cuarto; la prima donna de Ancona vive allí. Las palabras prima donna me interesaron al instante y lo seguí. Ví, sentada a la mesa una mujer algo avanzada de edad con dos muchachos y dos muchachas pero busqué en vano a la actriz, hasta que por fin Don Sancho me la presentó bajo la forma de uno de los dos muchachos, que era notablemente hermoso



y que debía tener alrededor de diecisiete años. Pensé que era un castrado. Y, como es costumbre en Roma, cumplía con todos los papeles de la prima donna. La madre me presentó a su otro hijo, también muy guapo pero más varonil que el castrado, aunque más joven. Su nombre era Petronio y de acuerdo con las transformaciones de la familia, era la primera bailarina de la ópera. La hermana mayor también me fue presentada: estudiaba música y se llamaba Cecilia; tenía 12 años; la más joven, llamada Marina apenas tenía once y como su hermano Petronio se la había consagrado al arte de Terpsícore. Las dos muchachas eran muy hermosas.

Venían de Bolonia y vivía del talento de sus miembros: amabilidad y alegría reemplazaban a la riqueza en esa familia.

Bellino, así se llamaba el castrado, cedió a los ruegos de Don Sancho, se levantó de la mesa; se dirigió al clavicordio y cantó con voz de ángel y con gracia deliciosa. El castellano escuchó con los ojos cerrados por el éxtasis, pero yo, en lugar de cerrar los ojos, miraba a Bellino que me lanzaba enamorados flechazos. Pude descubrir en ella algunos de los rasgos de Lucrecia y las graciosas maneras de la marquesa, y todo traicionaba en ella una hermosa mujer, pues su vestido escondía con imperfección el más bello pecho. Decidí de que a pesar de que me había sido presentada como un hombre el llamado Bellino era una belleza disfrazada y dándole vuelo a



mi imaginación, pronto estuve totalmente enamorado.

Pasamos dos hermosas horas juntos y luego regresé a mi cuarto. . . Me fui a la cama pensando en Bellino y en la impresión que me había causado. . . A la mañana siguiente me dio gusto verlo entrar a mi cuarto tan pronto como hube abierto mi puerta. Venía a ofrecerme los servicios de su hermano menor Petronio para que durante mi estancia en Ancoma me sirviese de valet de place. Lo acepté con placer y lo envié a buscar café para toda la familia.

Le pedí a Bellino que se sentara en mi cama con el propósito de cortejarlo y tratarlo como a una muchacha, pero las dos hermanas pequeñas entraron en el cuarto y perturbaron mi plan. El trío formaba sin embargo una visión encantadora: representaban la belleza natural, la alegría sin artificios, agradable y juguetona y buenos modales boloñeses que yo veía por primera vez, esto hubiera bastado para alegrarme si hubiese estado decaído. Cecilia y Marina eran dos capullos de rosa a quienes sólo les faltaba para florecer en todo su esplendor la inspiración del amor y seguramente las hubiera preferido a Bellino si sólo hubiese visto en él a un miserable marginado de la humanidad, o más bien a una pobre víctima de la crueldad sacerdotal, puesto que a pesar de su juventud las amables muchachas ofrecían en el recién iniciado esplendor de sus pechos la imagen más preciada de la feminidad.

Petronio llegó con el café, lo sirvió y le mandé un poco a su madre que nunca salía de su cuarto. Petronio era una verdadera cortesana por gusto y por profesión. Esta especie no es muy rara en Italia donde la ofensa no es contemplada con la feroz y salvaje intolerancia que en Inglaterra o en España. Le di un sequín para que pagara el café y, al decirle que tomara el cambio, para mostrarme su gratitud me dio un voluptuoso beso con los labios semiabiertos, suponiendo en mí un gusto que estaba muy lejos de compartir. Lo desengañé pero no se mostró avergonzado. Le dije que ordenara comida para seis personas, pero me contaron que lo haría sólo para cuatro, porque tenía que acompañar a su querida madre que siempre tomaba su comida en el cuarto. Cada quien sus gustos, pensé y dejé que hiciera lo que quería. . . Cuando me vestí pensé en saludar a la complaciente madre. Fui a su cuarto y la felicité por sus hijos. Me agradeció por el regalo que le había hecho a Petronio y me hizo confidente de sus problemas. "El gerente del teatro es un miserable que nos ha dado sólo 50 coronas romanas para todo el carnaval y las hemos gastado para lo más inmediato y cuando regresemos a Bolonia tendremos que mendigar y regresar a pie. Su confidencia me hizo compadecerla y sacando un cuádruplo de oro de mi bolsillo, se lo ofrecí; lloró de gozo y gratitud.

"Os prometo otro cuádruplo de oro, señora, repliqué, si me confiáis la verdad sobre Bellino.

Confesad que es una bella mujer disfrazada de hombre.

—Os aseguro que no es así, aunque tenga apariencia de mujer.

—No sólo la apariencia, sino el tono y los modales; y soy un buen juez.

—De cualquier modo es un muchacho: tuvo que ser examinado antes de poder cantar aquí.

—Y ¿quién lo examinó?

—El capellán del señor obispo.

—La única forma de aclarar mis dudas sería examinarlo yo mismo.

—Podeis si él no lo objeta, pero en realidad yo no puedo intervenir, pues no conozco vuestras intenciones.

—Son totalmente naturales.

Regresé a mi cuarto y envié a Petronio a buscar una botella de vino de Chipre. Me trajo el vino y siete sequines, el cambio del doblón que le había dado. Los dividí entre Bellino, Cecilia y Marina y les rogué a las dos niñas que me dejaran con su hermana.

—Bellino, estoy seguro que tu conformación natural es distinta de la mía. Querido, eres una muchacha.

—Soy hombre, pero castrado, me han examinado.

—Permíteme examinarte de la misma manera y te daré un doblón.

—No puedo hacerlo porque es evidente que me amáis y ese amor está condenado por la religión.

—No pusiste esas objeciones cuando te examinó el capellán del obispo.

—Era un sacerdote viejo, y además, sólo me miró.

—Sabré la verdad, dije, extendiendo con desparpajo mi brazo.

Pero me rechazó y se levantó de la silla donde estaba sentado. Su obstinación me molestó porque ya había gastado de 16 a 17 sequines para satisfacer mi curiosidad.

Empecé mi comida de muy mal humor, pero el excelente apetito de mis hermosos huéspedes me repuso. . .

Empecé distribuyendo algunos besos inocentes a diestra y siniestra y me senté junto a ellos frente a un buen fuego, comiendo castañas que remojábamos en vino de Chipre. Besaba y acariciaba a las niñas y Cecilia y también Marina parecían disfrutarlo mucho. Viendo que Bellino sonreía, yo también hice lo mismo y su blusa semiabierta atrajo mi mano, me aventuré dentro y no encontré la menor resistencia.

¡El cincel de Praxíteles no hubiera esculpido un pecho más bello!

—¡Oh! con esto me basta, exclamé, no tengo la menor duda de que eres mujer.

—Pero es el defecto de todos los castrados, me dijo.

—No, es la perfección de todas las mujeres bellas. Bellino, créeme, soy un juez muy experimentado en

estos oficios para no distinguir entre el pecho deformado de un castrado y el de una mujer bonita, y tu seno de alabastro pertenece a una joven belleza de diecisiete abriles.

¿Quién no sabe que el amor inflamado por todo aquello que puede excitarlo nunca descansa entre la gente joven hasta alcanzar que un favor concedido se convierta en el favor mayor? Había empezado bien y traté de seguir adelante y aplastar con besos ardientes lo que mis manos habían tocado con entusiasmo, pero el falso Bellino, ¡como si apenas se hubiese dado cuenta del ilícito placer que estaba yo gozando, se levantó y huyó! El enojo incrementó en mí el ardor del amor y sintiendo la necesidad de calmarme ya fuera satisfaciendo mis ardientes deseos o evaporándolos le rogué a Cecilia, la discípula de Bellino, que me cantara una canción napolitana. . . Me preparé para acostarme. . . y empezaba a cerrar mi puerta cuando Cecilia, medio desvestida, llegó para decirme que Bellino me rogaba que la llevase a Rimini donde se la había contratado para cantar una ópera.

—Vé y dile, mi querido serafín, que estoy dispuesto a hacer lo que quiera siempre que me otorgue lo que quiero: debo saber con certeza si es hombre o mujer.

Me dejó y regresó al rato diciendo que Bellino se había acostado ya, pero que si yo posponía mi partida sólo un día, me prometía satisfacerme a la mañana siguiente.

—Díme la verdad, Cecilia, te daré seis sequines. . .

—No puedo ganarlos, porque nunca lo he visto desnudo y no puedo jurar que sea una muchacha. Pero debe ser un hombre, porque de otra manera no se le hubiera permitido actuar aquí.

—Bueno, me quedaré aquí otro día siempre y cuando tú te quedes a hacerme compañía esta noche.

—¿Me queréis mucho?

—Mucho, si os mostráis muy gentil.

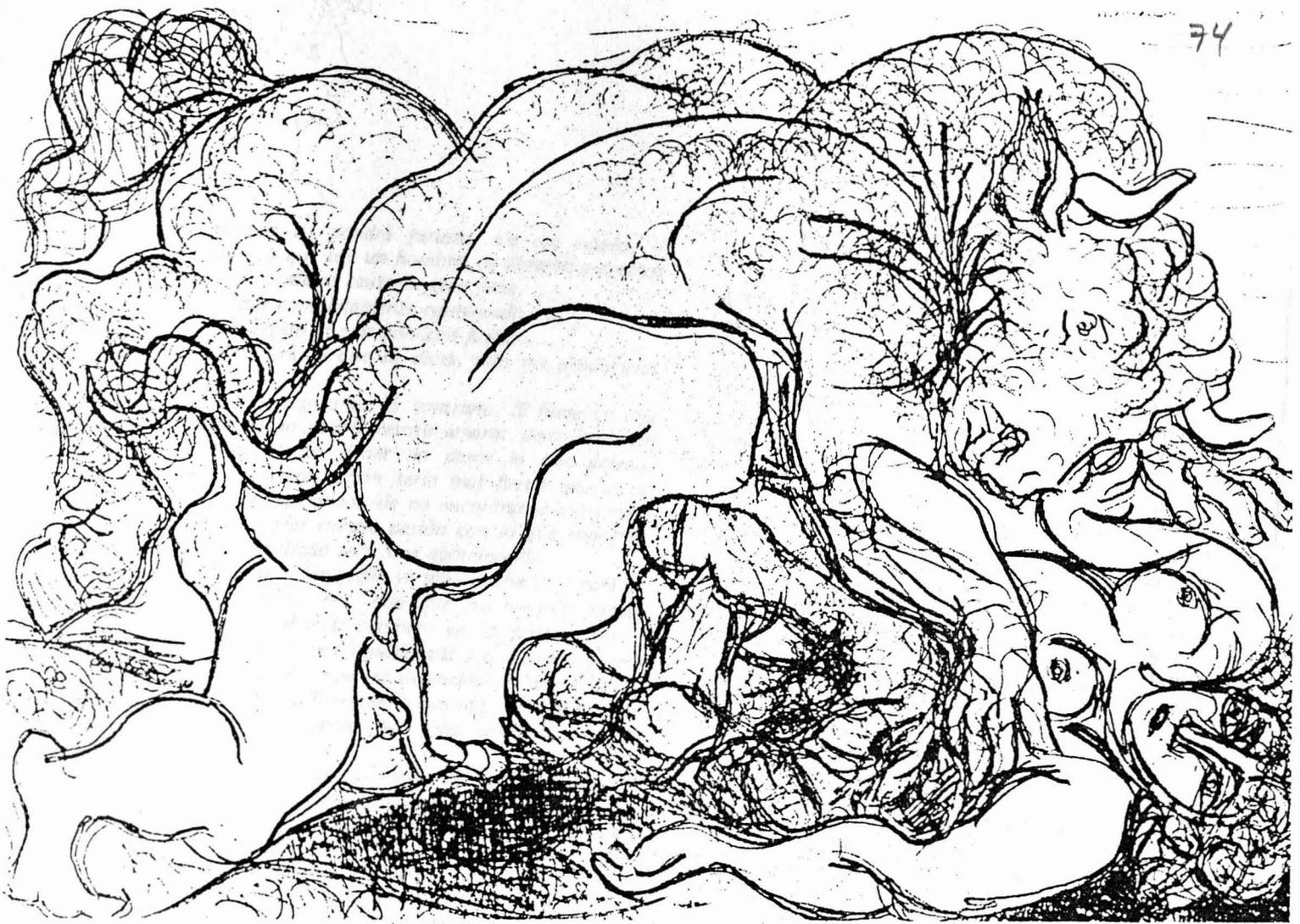
—Seré muy gentil, porque os amo mucho. Iré a decirle a mi madre.

—¿Por supuesto que has tenido amantes?

—Nunca.

Dejó el cuarto y regresó al poco rato llena de gozo, diciendo que su madre me creía un hombre honrado —aunque en realidad lo que quería decir era que me creía generoso.

Cecilia cerró el cuarto y arrojándose en mis brazos, me cubrió de besos. Era bonita y encantadora pero no estaba enamorado de ella y no pude decirle como a Lucrecia: "Me has hecho muy feliz". Cuando ella lo dijo no me sentí muy halagado, pero pretendía creerla. Cuando me desperté en la mañana le obsequié tres doblones con la certeza del agradecimiento de la madre y la despedí sin molestarme en hacerme promesas de eterna fidelidad: a promesas tan absurdas como banales y que nunca debieran



hacer ni los hombres más virtuosos a las mujeres más bellas.

...Mientras esperaba a Bellino, Marina entró con una expresión muy decaída, preguntándome la causa de mi desprecio.

—Cecilia pasó con vos la noche de ayer, Bellino irá con vos a Rimini mañana y yo soy la más desafortunada de todos.

—¿Necesitas dinero?

—No, porque os amo.

—Pero, Marinetta, eres muy joven.

—Soy más fuerte que mi hermana.

—¿Quizá tienes un amante?

—Oh, no.

—Muy bien, entonces trataremos de hacerlo esta noche.

—Bien, entonces le diré a mi madre que me prepare sábanas limpias para mañana, si no todos sabrán aquí que he dormido con vos.

No pude dejar de admirar los frutos de una buena educación teatral... Marinetta, alegre como una alondra, corrió el cerrojo y regresó conmigo, con los ojos como llamas. Estaba más formada que Cecilia. Me dí cuenta que tenía miedo de que advirtiese que no era virgen y que se lo reprochase. Su ansiedad me gustó y le di más muestras de confianza asegurándole que sólo un imbécil podría enojarse de que una mujer hubiese perdido la virginidad... Y después de un buen descanso, la mañana fue una sucesión de triunfos para ella y coroné su

felicidad regalándole tres doblones que le llevó a su madre con lo que la buena mujer demostró un insaciable deseo de contraer nuevas obligaciones con la Providencia...

La confianza que en la providencia tienen estas personas que se ganan la vida con una profesión que prohíbe la iglesia no es ni absurda, ni falsa, ni engañosa; es real y hasta divina, porque proviene de una fuente excelente...

A la mañana siguiente salimos Bellino y yo a nuestro viaje. Este, pensó que me había decepcionado y que no demostraría más curiosidad por su sexo. Pero no había pasado un cuarto de hora cuando ya había advertido su error: mi mirada caía en sus esplendidos ojos y yo me encendía en un fuego que la vista de un hombre no hubiera producido... Bellino, la impresión que me causas, esta especie de magnetismo, tu pecho, semejante al de la misma Venus que una vez abandonaste a mi ardiente mano, el sonido de tu voz, cada uno de tus movimientos, todo me asegura que no perteneces a mi sexo. Déjame comprobarlo y si mis conjeturas son verdaderas, podrás contar con mi fiel amor; si, por lo contrario, encuentro que me he equivocado, contarás con mi amistad...

—Eso no os curará, contestó Bellino, valientemente pero con una dulzura en el tono que me sorprendió. No, no os curaréis, aunque descubráis si soy hombre o mujer, porque estáis enamorado de mí, independientemente de mi sexo, y la certeza que



adquiriréis os pondrá furioso. En ese estado, si encontráis que soy un hombre, os libraréis a excesos que más tarde os causarán gran pena.

—Estás completamente equivocado. . .

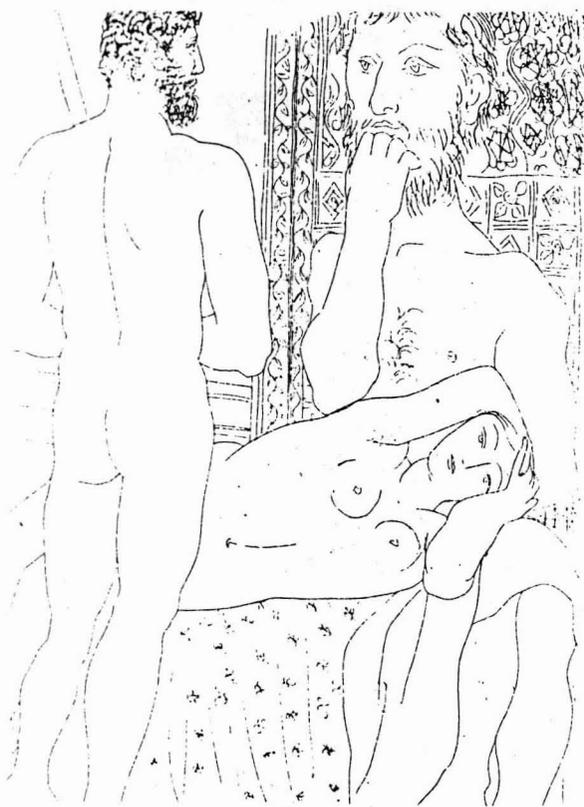
—Os repito que os pondréis furioso. . .

—Si fuera lo que tú dices, sólo me producirías asco.

—Estoy seguro de lo contrario. Si fuera yo una muchacha no podría resistir amaros, pero siendo un hombre, es mi deber no daros lo que deseáis, porque vuestra pasión sería más fuerte que la razón. . . Decepcionado de no encontrar lo que pensabais, satisfaría vuestra pasión con lo que encontrarais y el resultado sería una abominación. . .

Llegamos a Sinigaglia ya muy noche. . . y para mi sorpresa Bellino me dijo que no tenía la menor objeción en dormir conmigo en la misma cama. . . No tardé mucho en seguirlo allá y el lector conocerá muy pronto el verdadero desenlace de esta historia, tan largo y ardentemente deseado: mientras tanto les deseo una noche tan feliz como la que me esperaba. . .

Y esperando que el lector no se decepcione me permito no continuar traduciendo el desenlace y hacer apenas un paréntesis erudito: una historia semejante escrita por Balzac en pleno siglo XIX Sarasine le inspiró a Roland Barthes *S/Z*, no un fragmento de *Discurso amoroso* sino un tratado de teoría literaria, con un cantante castrado como tema.



III. Diderot ama las alhajas indiscretas.

El enciclopedista Denis Diderot, autor de *El hijo natural*, del *Padre de Familia*, del *Viaje de Bougainville*, de varios *Salones*, de *Jacobo el fatalista*, *El sobrino de Rameau* escribe en su juventud, hacia 1748, el libro libertino *Las alhajas indiscretas*. Antes el *Paseo del escéptico*, luego las *Memorias sobre diversos temas de Matemáticas* y la *Carta a los ciegos*, para uso de quienes ven. Desde 1746 ya trabaja de lleno en su más importante obra, la *Enciclopedia* o *Diccionario universal de artes y ciencias*.

Antoine Adam, citado con referencia a Sade, afirma: "Para que un hombre como Diderot haya escrito *Las Alhajas indiscretas* sin sentir que se degradaba, era necesario que su época estuviese llena de indulgencia por ciertas formas de la literatura libertina. Lo estaba efectivamente y ni la indignación de los hombres virtuosos ni las severidades de la administración real podían nada contra ella"

Las Mil y una noches fueron traducidas por Galland al empezar el siglo e inmediatamente empiezan a pulular por Francia obras de inspiración exótica (y erótica, naturalmente) entre las que destacan fundamentalmente *El sofá*, de L'Edmond de Crebillon y varios cuentos japoneses, chinos, árabes, persas, indios como el de Louis de Cahusac llamado en traducción literal: *Grigri, historia verdadera traducida del japonés al portugués por Didaque Hapezcua, y del portugués al francés por el abate de. . . , capellán de un barco holandés*. Nagazaki, 1739, imprenta de Klnport-Senkru.

En 1748 *Las Alhajas* se imprimen en dos volúmenes y un librero las denuncia a la policía. En 1749 es arrestado y enviado, como Sade, a Vincennes donde permanece muy pocos meses: la suerte de este tipo de literatura es sufrir toda clase de encierros, desde la del cuerpo, hasta la de las bibliotecas, llamadas espectacularmente *Infiernos* en las secciones reservadas a lo obsceno, pornográfico, libertino para preservar lo que Marcuse ha señalado como la *Historia de una indignación*.

Diderot, dedicado a cosas serias y científicas, consideró un pecado de juventud estas *Alhajas* que se guardaban celosamente a puerta cerrada junto con otras obras que se leían a la vez con ostentación y ocultamiento, o se representaban con el ánimo muy elocuente de desafiar al pudor y dentro de las tradiciones realistas más avanzadas: *El portero de Chartreux* fue escrita por un abogado, impresa gracias a un marqués, distribuida por un eclesiástico, leída en la intimidad por la hija de Luis XV y su impudicia llegó a la grosería de reseñar con pelos y señales las hazañas de la alcoba.

El libro de Diderot se acopla a la moda libertina y exótica. Utiliza —obviamente— un serrallo como *habitat* lógico de sus alhajas y lo hace deslumbrante, gracias a un discurso inusitado que surge como el



genio de Aladino de un golpe de la mano. Mangogul, príncipe del Congo, empieza su reinado en el año 1.500,000.003.200.001 y es el 1.234,500 descendiente de su estirpe. Su favorita Mirzoza le aconseja que visite al genio Cucufa para averiguar la vida verdadera de las damas del serrallo. Cucufa concede un don: un anillo mágico cuyo engaste invertido hace hablar a los sexos femeninos. Un juego de palabras intraducible Chaton/engaste, evoca el sexo femenino/ -chat-gato, chaton-gatito/ que en tiempos de Diderot es una joya, es más, una joya que habla. Cucufa advierte: "Haced un buen uso de vuestro secreto y pensad que hay curiosidades mal colocadas".

En su *Historia de la Sexualidad*, recientemente traducida en *Siglo XXI*, Michel Foucault hace un estudio de esta obra, que para Adam es apenas un juego muy inteligente: "Entre sus emblemas, nuestra sociedad lleva el del sexo que habla. Del sexo sorprendido e interrogado que, a la vez constreñido y locuaz, responde inagotablemente. Cierta mecanismo, lo bastante maravilloso como para tornarse él mismo invisible, lo capturó un día. Y en un juego donde el placer se mezcla con lo involuntario y el consentimiento con la inquisición, le hace decir verdad de sí y de los demás. Desde hace muchos años, vivimos en el reino del Príncipe Mangogul: presas de una inmensa curiosidad por el sexo, obstinados en interrogarlo, insaciables para escucharlo y oír hablar de él, listos para inventar todos los



anillos mágicos que pudieran forzar su discreción".

Este anillo mágico, concedido como don por un genio, está emparentado con los diferentes artefactos mágicos que *Las Mil y Una Noches*, debidamente expurgadas por Galland, ofrecían a los lectores del siglo XVIII, ávidos de encerrarse para gozar de la sexualidad pero sobre todo contarla como Sherazada cada noche, escindida entre la palabra, el acto y los sucesivos nacimientos que ella alumbraba en su discurso.

Y ese alumbramiento se ha gestado en una infidelidad, y su posible muerte es la que espera a las mujeres que traicionan el serrallo: las mujeres de los sultanes Schahriar y Schahzamán que con su engaño traicionan también a las demás mujeres, propician el degollamiento y la fama de adulterio, banalidad, mentira que las troquela a todas: "Amigo: no te fíes de la mujer", dice un poeta árabe, convenientemente inserto en el discurso de los sultanes que degüellan a sus mujeres un día después del casamiento. Menos trágico, el Príncipe Mangogul intenta utilizar su anillo por primera vez haciendo hablar a la joya de su favorita: "he olvidado decir que además de poseer la virtud de hacer hablar a las alhajas de las mujeres sobre las que se invertía el engaste -le chaton- estaba la de volver invisible a la persona que lo llevara en el dedo meñique. Mangogul podía transportarse en un abrir y cerrar de ojos a cien lugares inesperados y ver con sus propios ojos las cosas que de ordinario carecen de testigos" "Mirzoza no aguardaba ya al sultán y se había dormido. . . (Mangogul) puso sus dedos sobre el anillo, pero quitándolos con presteza como si se quemase reflexionó: ¡Qué hago, desgraciado! Desafío los consejos de Cucufa. Para satisfacer una idiota curiosidad voy a exponerme a perder a mi amada y también la vida. . . Si a su alhaja se le ocurriese desvariar, no la vería más y moriría de dolor. ¿Y quién puede saber lo que una alhaja lleva en el alma. . ."

Las mil y una noches se instalan en Europa, cegando con su esplendor exótico los discursos libertinos e instalando un saber erótico, manejado a manera de parodia donde cincelan lenguajes corporales escondidos en lenguajes extranjeros traducidos a idiomas "civilizados". *Las Alhajas indiscretas* hace hablar al sexo e inaugura en el Siglo de las Luces un *ars erotica* que Foucault sitúa en el Oriente, enfrentado a una *scientia sexualis* que se practica mediante la confesión. Las alhajas confiesan sus entuertos y exponen su sexualidad a ser contada, a formar parte de una narrativa. Así, el *ars erotica* "verdad extraída del placer mismo, tomado como práctica y recogido como experiencia"; copula con la *scientia* y ocupa el lugar intermedio donde Oriente y Occidente se reúnen. La mujer determina ese espacio con su cuerpo y específicamente con esa parte noble, pudenda, que debe ocultar hasta su nombre y que engarzada como joya se desata cuando un anillo

inserto en un dedo meñique y principesco invierte su precioso engaste; precioso porque es de orfebrería y precioso porque pertenece al reino de la magia.

La censura que exige pudor al lenguaje libertino forma parte de un poder represivo que se complace en ocultar su juego y es justamente sobre un juego de azar que se concentra uno de los episodios capitales del libro de Diderot. La prolífica estructura que engendra cuentos y los va pariendo a medida que el lenguaje los articula regresa a ese medioevo que produce Decamerones, cuentos de Canterbury, noches orientales como las semejantes a las que Pasolini utilizó en ese discurso fílmico cancelado después de relatar en imagen *Las ciento veinte jornadas de Sodoma*.

Quinto ensayo del anillo:

El juego.

"La mayor parte de las mujeres que formaban el partido de la Manimonbanda jugaban con encarnizamiento; y no se necesitaba tener la sagacidad de Mangogul para advertirlo. La pasión del juego es una de las menos disimuladas; se manifiesta, ya sea en la ganancia o en la pérdida por síntomas contundentes. Pero ¿de dónde procede este furor?, se preguntaba; ¿cómo pueden resolverse a pasar las noches alrededor de una mesa de faraón, temblando a la espera de un as o un siete? Este frenesi altera su salud y su belleza, cuando la tienen, sin tomar en cuenta los desórdenes a los que es más seguro las conduce.

"Tengo ganas, le dijo en voz muy baja a Mirzoza de jugarles una travesura... Invertir mi engaste sobre la más desenfrenada de esas jugadoras, de interrogar sus alhajas y transmitir mediante ese órgano un buen consejo a los imbéciles maridos que permiten a sus mujeres arriesgar su honor y su fortuna por una carta o por un dado.

Me gusta mucho tu idea, replicó Mirzoza, pero advierte, príncipe, que la Manimonbanda acaba de jurar por sus pagodas que no volvería a jugar si volvía a verse expuesta a la impudicia de las Engastrimutas.

-¿Qué habéis dicho, delicia de mi alma? interrumpió el sultán.

-He dicho, respondió la favorita, la palabra con que la púdica Manimonbanda designa a todas aquellas cuyas alhajas saben hablar.

-Es un invento de ese bramín idiota que se precia de saber griego e ignorar el congolés, replicó el sultán; sin embargo para no molestar a Manimonbanda y a su capellán, interrogaré la alhaja de Manila; y sería muy importante que el interrogatorio se hiciese aquí para edificar al prójimo.

-Príncipe, creedme, vale más evitarle esa molestia a la gran sultana: podeis hacerlo sin que ni

vuestra curiosidad ni la mía se perjudique. ¿Por qué no vais a casa de Manila?

-Iré, si así lo queréis, dijo Mangogul.

... Esperaré hasta las dos de la mañana...

-Príncipe ni lo penseis, replicó Mirzoza; es la mejor hora del día para las jugadoras. Si Vuestra Alteza tiene a bien creerme, irá con Manila durante su primer sueño, entre siete y ocho.

Mangogul siguió el consejo de Mirzoza y visitó a Manila a las siete. Sus mujeres la estaban acostando. Por la tristeza de su rostro, comprendió que había perdido en el juego; iba y venía de un lado a otro, se detenía, levantaba los ojos al cielo, pateaba, apoyaba sus puños contra los ojos y murmuraba entre los dientes cosas que el sultán no podía oír. Al desvestirla, sus mujeres seguían temblando todos sus movimientos, y cuando lograron acostarla no fue sin haber resentido sus groserías y cosas aún peores... Acababa de cerrar los ojos cuando Mangogul invirtió su anillo sobre ella. De inmediato su alhaja exclamó con pena: ... jamás volveré a jugar contra Abidul; sólo sabe hacer trampas. Que no se me hable de Darés, con él se arriesga la infelicidad. Ismael es bastante buen jugador, pero no puede enfrentarse a todas. Mazulim era un tesoro, antes de pasar por las manos de Crisa. No conozco jugador más caprichoso que Zulmis. Rica lo es menos, pero está quebrado. ¿Qué hacer con Laculi? La más hermosa mujer de Banza no lo haría jugar grandes cantidades... En verdad, la desolación ha invadido a los jugadores y pronto no se sabrá con quién hacer pareja.

Después de esta jeremiada la alhaja empezó a hablar de las cosas singulares que había presenciado y de los recursos de su ama en el desastre. "Sin mí, dijo, Manila se hubiese arruinado mil veces: todos los tesoros del sultán no hubiesen bastado para pagar sus deudas. Una vez perdió diez mil ducados contra un financiero y un abate; no le quedaban más que sus piedras preciosas, pero hacía muy poco tiempo que su marido las había desempeñado para osar volverlas a empeñar. Había seguido con las cartas a pesar de todo y se le habían ocurrido uno de esos juegos seductores que la fortuna envía antes de estrangular: Manila miraba sus cartas, metía la mano en su bolsa en la que sabía que no había nada...

-Señora, ¿empezamos? dijo el financiero.

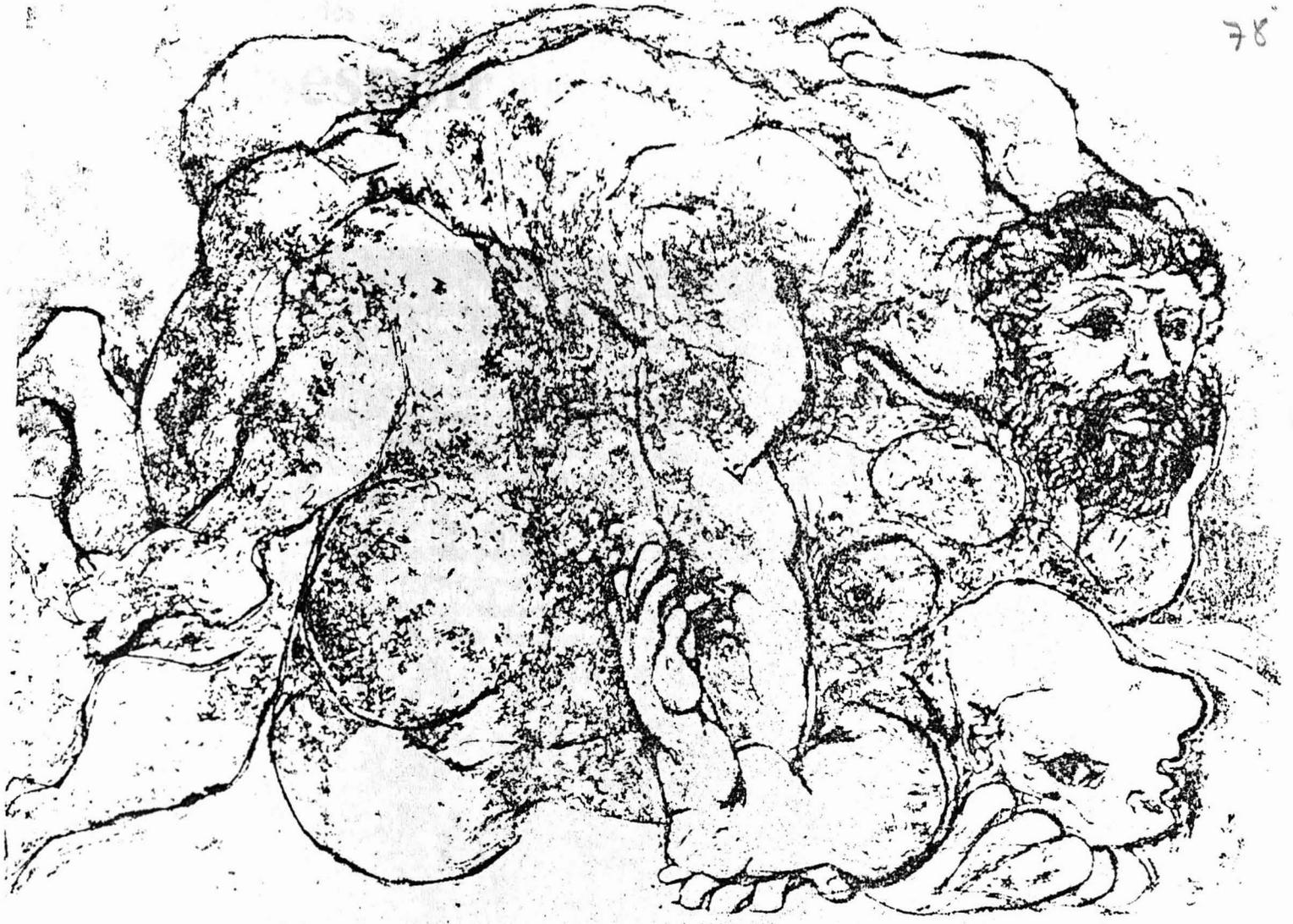
-Sí, dijo, ... apuesto mi alhaja.

-¿Por cuánto? respondió Turcarés.

-Por cien ducados, contestó Manila.

El abate se retiró; la joya le parecía demasiado cara. Turcarés aceptó. Manila perdió y pagó.

La necia ambición de poseer una alhaja con títulos picó el amor propio de Turcarés: se ofreció a servir el juego de mi ama, a condición de que yo sirviese a sus placeres: se arregló el negocio de inmediato pero como Manila jugaba fuertes sumas y



su financiero no era inagotable, pronto vimos que su cofre estaba vacío. . .

Con todo Turcarés regresó algunos días después. Estaba desesperado, dijo, y deseaba seguir gozando de las bondades de su señora. Ni lo esperéis replicó Manila; decentemente ya no puedo recibiros. Cuando aún teniais dinero todo el mundo sabía por qué os aceptaba, pero ahora que no servís de nada, perdería el honor.

Turcarés se indignó de este discurso y yo también, pues era quizá el mejor muchacho de Banza. Se salió de sus cásillas para decirle a Manila que le había costado más que tres cantantes de opera que lo hubieran divertido mucho más. . . La alhaja continuó: apuesta hasta su mejor disposición y todo su dinero por un as de diamantes; y Dios sabe cuantas veces más me utilizará como prenda. . .”

Sexto ensayo del anillo:

La opera de Banza.

De todos los espectáculos de Banza sólo quedaba en pie la Opera. . . y por entonces se representaba una obra excelente de Doremifasolasidododo, que hubiera debido actuarse sólo en ropas de cama, si la sultana favorita no hubiese tenido la curiosidad de verlo: además la indisposición periódica de las alhajas, favoreció los celos de los violines e hizo faltar a la actriz principal. La que la reemplazaba cantaba

menos bien, pero como su actuación era buena, nada impidió al sultán y a la favorita honrar el espectáculo con su presencia.

Mirzoza llegó, luego Mangogul, se levanta el telón; se comienza. Todo va a maravilla. . . hasta que el sultán se dio cuenta, a mitad de un coro, que éste ya había durado demasiado y vio que la favorita había bostezado dos veces, por lo que invirtió su engaste sobre todas las cantantes. Treinta muchachas enmudecieron de repente y al mismo tiempo. Abrían muy grandes las bocas y mantenían las actitudes teatrales de hacía un momento. Pero sus alhajas se desgañitaban a fuerza de cantar, ésta un vodevil, la otra una parodia muy indecente y todas se referían a extravagancias relativas a sus distintos caracteres. Se oía de un lado “¡Verdaderamente, comadre. . .”; del otro “¿Qué? ¡doce veces?” Aquí, “¿quién me está cogiendo? ¿es Blas?”, allá, “Padre Cipriano, nada os retiene. . .” Todas alzaron el tono, que fue tan barroco y lunático, tan ruidoso, y ridículo como nunca antes se había oído. . .

Persuadido Mangogul que el público no aprendería nada nuevo, colocó el anillo en su lugar. Inmediatamente callaron las alhajas, las risas cesaron, el espectáculo se calmó, la pieza continuó y terminó tranquilamente. Cayó el telón; el sultán y la sultana desaparecieron y las alhajas de nuestras actrices se dirigieron a donde se las esperaba para ocuparse de otra cosa que no fuera el canto. . .”